

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Jesucristo, Señor de la Iglesia	1
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio	10
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1.,	20
Bosquejos para Sermones.	27
Bibliografía	48

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

24, 31; WDB). Sin embargo, 2 *Clemente* dice que exhortación y predicación eran sus funciones (GEL). Hasta el Siglo II más o menos no había distinción entre anciano y obispo. Pero desde el Siglo II, el anciano era subordinado al obispo, aunque tenía un grado más alto que un diácono.

(Continuará)

Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1

(Continuación)

Versículos 10-17. — Mucho podría decirse sobre este punto, ya sea en cuanto a las formalidades como en cuanto a la doctrina misma. Muchas situaciones deplorables en nuestra vida eclesiástica tienen su origen en malentendidos causados por terminologías diferentes. A veces no nos entendemos, y entonces los ánimos se alteran. Pero al final descubrimos que todos ansiábamos una y la misma meta. Y entonces vuelve a reinar la paz. Por eso debiéramos tratar de entendernos en materia de doctrina con ánimo tranquilo. Escribe el Dr. Pieper: "En materia de doctrina los cristianos deben usar las mismas palabras, en sentido idéntico. Vale decir, deben concordar en la doctrina y en la fe." (Conferencias, II, 8). Especialmente debemos tener en cuenta esto en nuestro trato con otras comunidades en ambos sentidos. Sabido es que los modernistas emplean términos bíblicos, mas no lo hacen en el mismo sentido y según nuestra opinión. No nos dejemos confundir. Por otro lado, es probable que alguien se exprese de manera distinta queriendo decir, empero, lo mismo que nosotros. Por eso es imprescindible, como escribe Lutero en los Artículos de Esmalcada, "que todos vivamos bajo *una* sola Cabeza, Cristo, y que todos los obispos, equivalentes según su oficio (aunque dispares en cuanto a los dones), se mantengan celosamente unidos en uniformidad doctrinal, unidos en la fe, en los Sacramentos, en las oraciones y las obras de misericordia." (Trigl., p. 472). De paso podemos mencionar que ese es, precisamente, uno de los fines y bendiciones principales de nuestras conferencias y asambleas sinodales. Allí nuestros pastores y maestros aprenden a usar uno y el mis-

mo lenguaje, y ejercer su oficio con unanimidad. Analizando los ensayos doctrinales, haciendo intercambio de pensamientos al tratar cuestiones de índole práctica, aprenden a expresarse en términos que no ofenden a nadie. El hecho de que en nuestro sínodo gozamos de una unión tan maravillosa, se debe en gran parte a los estudios doctrinales que allí se realizan. Ninguna congregación debería estorbar la asistencia de su pastor y maestro a esas reuniones, sino, cuando fuere necesario, solventar los gastos que demande la asistencia a esas reuniones. No solamente los ministros de la Palabra tienen el provecho de esas reuniones, sino que éste proyecta sus bendiciones sobre la congregación misma. Entre los corintios faltaba esa unión. Por eso los amonesta el apóstol para que estén "unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir." Ellos debían estar plenamente preparados, es decir, debían dejar a un lado todo cuanto estorbaba la paz, debían tener una sola meta, convivir y cooperar en unión perfecta.

En los dos versículos siguientes, el apóstol Pablo dice cómo llegó a enterarse de esa lamentable situación a la cual ahora se refiere. Escribe: "Porque he sido informado respecto de vosotros, hermanos míos, por los de Cloe, que hay disensiones entre vosotros. Quiero decir esto, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo, de Apolos; y yo, de Cefas; y yo, de Cristo." Era este, pues, el gran daño: Ellos disentían en cuanto a varios ministros de la Palabra. Pablo había sido informado sobre esas disensiones por familiares, o quizás siervos, de cierta Cloe, desconocida por los demás, quienes llegaron a Efeso procedentes de Corinto. Y siendo que también por otros conductos le habían llegado noticias alarmantes (cf. cap. 5:1; 11:18; 15:12; 16:15-17), el apóstol, como padre espiritual, se vió en la obligación de apelar a la conciencia de ellos. Tal proceder no era una transgresión del octavo mandamiento —el apóstol menciona a los acusadores y a la acusación— sino que era la amorosa solicitud de un padre que se preocupa por sus hijos enfermos. Por de pronto la acusación trata de las disputas en cuanto a los pastores espirituales. No queremos sostener que cada miembro de la congregación era culpable en este asunto. Cuando el apóstol dice que ha sido "informado respecto de vosotros", aceptamos que aquel mal estaba bastante generalizado.

Había cuatro partidos en la comunidad. El primero se llamaba según Pablo. A él querían pertenecerle, pues él era el

fundador, propiamente el padre de la comunidad. Cf. 4:15. Otros se decían de Apolos. Según Hech. 18:24-28, Apolos era un hombre elocuente y poderoso en las Escrituras, celoso en espíritu, que daba testimonio de Cristo confutando poderosamente a los judíos, demostrando por medio de las Escrituras que Jesús era el Mesías. Apolos había llegado a Corinto después de la partida de Pablo y había regado diligentemente lo que Pablo había plantado. Cf. 3:6. Y, como suele suceder aun hoy día, por causa de su gran elocuencia pronto tuvo muchos adictos. Es muy natural que la gente se sienta conquistada por un orador que posee una voz agradable y sabe usarla eficientemente. Otros había que veían su ideal en Cefas, o sea, en Pedro. Probablemente eran estos cristianos de origen judío, quienes habían llegado recientemente a Corinto desde Palestina, gente que ya conocía y amaba al fogoso apóstol. Con respecto al cuarto partido quedamos en ayunas. En su "Introducción al Nuevo Testamento", p. 54, el Dr. L. Fürbringer escribe: "Resulta difícil la identificación de este cuarto partido. Tal vez se tratase de un partido antinomista, libertinista, gnóstico, espiritualista, 1 Cor. 2:4; 15:12; Tal vez de un partido extremadamente legalista, 2 Cor. 10:13; 10:7; 11:4; Gál. 1:8-9; 11.5:18, 22. En tal caso los cuatro partidos se concretarían en dos grupos, el uno formado por cristianos de procedencia pagana (partidarios de Pablo y Apolos), el otro de cristianos de procedencia hebrea (partidarios de Cefas, de Cristo)." A su vez, el Dr. J. T. Müller, en "Iglesia de Corinto", p. 56, dice: "Otros, renunciando a todos los apóstoles, colocando a Cristo y sus mismos apóstoles en la variante y haciéndolos rivales y competidores, formaron un partido nuevo. Este partido se propuso servir a Cristo, ignorando sus ministros y apartándose del Evangelio que Él les dió que predicasen. El motivo para que procediesen así fué el pecaminoso orgullo y la autosatisfacción que sentían." También es probable que este grupo protestase contra los demás y que, en contraste con los que se adherían a los hombres, invocase para sí el nombre de seguidores de Cristo solamente. También se supuso que los de este grupo se apartasen en sus hogares, dando a entender con ello que no querían trato con pastor alguno. De cualquier manera consta que este grupo reclamaba para sí una comunión con Cristo que negaba a los demás, y que por esa actitud separatista era culpable de los cismas y pasible de la

crítica del apóstol. Tal confusión se produce también en nuestra época. En congregaciones donde ministran varios pastores y maestros, en zonas urbanas densamente pobladas y donde nuestras congregaciones lindan las unas con las otras, allí donde los pastores frecuentemente predicán en congregaciones vecinas como visitantes y llegan a tener un contacto estrecho con los miembros de cierta congregación, —cuántas veces sucede que uno se deja conquistar por la personalidad, por los dones de este o aquel pastor o maestro, y se llega a hacer observaciones despectivas, se levantan juicios y aun calumnias contra éste o aquél pastor! “Hoy predica el pastor fulano! ¡A ése no lo puedo pasar!” O bien: “Hoy predica un seminarista, prefiero quedarme en casa, iré a otra iglesia.” — Tales juicios aun pueden originarse en los mismos pastores para con sus hermanos en el ministerio. Una actitud semejante es odiosa, vergonzosa y pecaminosa. Por eso oigamos cómo prosigue el apóstol.

“¿Acaso Cristo está dividido? ¿Fué crucificado Pablo por vosotros, o fuisteis bautizados al nombre de Pablo?” Con estas tres preguntas retóricas, a las cuales sus lectores debían contestar con una tácita pero enfática negación, el apóstol pone en descubierto la insensatez e injusticia del partidismo y le asesta simultáneamente el golpe de gracia. ¿“Acaso Cristo está dividido?” ¿Acaso es concebible que haya tiendas mutuas y sin embargo pretender el señorío del uno y sólo Cristo? Ciertamente no. El texto original usa el Artículo: “¿Está el Cristo dividido?” El Cristo que es *uno*, el Mesías prometido, del cual “testifican todos los profetas, que todo aquel que en él creyere, recibiría en su nombre remisión de pecados.” Hech. 10:43. Pero siendo Cristo *uno*, indivisible, deben también sus seguidores colaborar y cooperar, pacíficamente unidos, en la Viña del Señor. “¿Fué Pablo crucificado por vosotros?” Si tal fuere el caso, justificados estarían en llamarse según su nombre. Es llamativo que Pablo aquí no menciona a Pedro, tampoco a Apolo. No era necesario, además podría haber tenido la apariencia como si el apóstol hablara de ellos despectivamente. Mas como el apóstol, el padre espiritual de esa congregación, se excluye a sí mismo de esa dignidad, tendrían que renunciar a ella también los partidarios de Pedro y Apolo. ¿O fuisteis bautizados al nombre de Pablo?” También esto habría sido motivo para ser llamados según su nombre, pues ser bautizado en el nombre de al-

guien significa ser aceptado en su comunión. Mas no fué tal el caso. Sin excepción habían sido bautizados, mayormente por otros ministros, en el Nombre del Dios Trino, habían sido recibidos en la comunión, en el estado filial para con Dios. Contento de que él estaba fuera de toda sospecha en tal sentido, el apóstol exclama, lleno de júbilo: "Gracias doy a Dios, de que no bauticé a ninguno de vosotros, sino a Cristo y a Gayo." A estos agrega luego, en el versículo 16, "la familia de Estéfanos." Mas, no fué en previsión de estos acontecimientos que el apóstol dejó de bautizar cuando estaba personalmente actuando en medio de ellos. No pudo haber previsto este desarrollo de los acontecimientos. Ahora, sin embargo, se alegra de ello, se muestra agradecido. ¿Por qué? "Para que nadie diga que fuisteis bautizados en mi nombre." Con estas palabras el apóstol les niega a sus simpatizantes personales, en forma amistosa pero decidida, el derecho de identificarse con su persona y despreciar a los demás. En el tercer capítulo él se hace más explícito: "Qué pues es Pablo, y qué Apolos, sino ministros por medio de quienes creísteis." Y prosigue: "Por lo demás, no sé que haya bautizado a otro alguno." El apóstol no puede recordar que haya bautizado personalmente a otro más. ¿Por qué no? Seguramente porque no era omnisciente, aun cuando inspirado y entonces infalible. Su memoria no era completa. Por otra parte: "No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio: no con sabiduría de palabras, para que no sea hecha de ningún efecto la cruz de Cristo." v. 17.

Seguramente nos extrañará, que Pablo no solamente se gloria sino que aun agradece a Dios por haber bautizado a tan pocos, y que afirme, que Cristo no le envió siquiera para bautizar, sino para predicar. ¿Acaso Cristo no había ordenado a sus apóstoles, en su gran comisión, de enseñar y bautizar a todas las naciones? ¿Acaso no rige ese mandato hasta el fin de los días? ¿Cómo pudo excluirse Pablo? He aquí la respuesta: Porque él no era propiamente un pastor, sino un misionero, un predicador itinerante, un pionero del Evangelio. Su labor específica consistía en llevar el Nombre de Jesús delante de los gentiles, y de los reyes, y de los hijos de Israel. Hech. 9:15. El acto de bautizar podían realizarlo sus ayudantes. No era que Pablo despreciara el bautismo. Y si bien los corintios habían sido bautizados, sin embargo en muy pocos casos el apóstol había bau-

tizado personalmente. Esto lo habían hecho sus ayudantes, o los sucesores, él les preparaba el camino para ello mediante la predicación del Evangelio. El apóstol agradece por ese hecho, pues ayudó para arrancarles, aun a sus amigos, un motivo de vanagloria. De modo que el Ejército de Salvación y otra comunidad similares no pueden invocar a Pablo como ejemplo para desistir del bautismo. Ante todo, él era un predicador del Evangelio.

Aquí podemos hacer dos aplicaciones. Con toda decisión rechaza el apóstol que un número de los corintios se llamara según su nombre y despreciasen a Apolos y a Pedro. Nosotros, ¿hacemos bien en llamarnos luteranos? ¿No sería mejor buscar otro nombre? Ya muchas veces se nos reprochó ese nombre. A esto responderemos brevemente: No fuimos nosotros quienes nos elegimos ese nombre, sino que nos fué atribuido, por los enemigos de la Reforma, en son de burla, hace algunos siglos ya. El mismo Lutero protestó contra tal denominación. El escribe: "Ruego, en primer lugar, que se calle mi nombre, y que nadie se llame luterano, sino cristiano. ¿Qué es Lutero? No es mía la doctrina, ni fui crucificado por alguien. ¿Cómo pretendería yo, miserable y hedionda bolsa de gusanos, que los hijos de Cristo fuesen llamados por mi infame nombre? No se haga así, queridos amigos; extirpemos el nombre partidista y llamémosnos cristianos, de acuerdo a la doctrina que tenemos." (Citado según Besser, p. 46). Pero el nombre quedó, y aún obtuvo valor confesional. Cuando hoy somos llamados luteranos, entonces inmediatamente somos reconocidos como aquellos que, con Lutero, se basan sobre el fundamento bíblico. Por lo tanto no nos negamos a llevar ese nombre, pues se ha convertido en un honroso distintivo. Pero siempre conviene aclarar a los de afuera que no idolatramos o adoramos a Lutero, sino que nos llamamos según él porque él, por la gracia de Dios, predicó ante el mundo la pura Palabra de Dios en su pristina pureza, Palabra que también nosotros proclamamos y creemos. Bien sabemos que no es lo principal el hecho de llamarnos luteranos, sino que lo principal es seguirlo en la fe y confesión.

Por otra parte, queremos tener en cuenta también e imitar la maravillosa humildad del apóstol. ¡Cuánta fidelidad hacia Dios y renunciamiento personal demuestra el apóstol Pablo.

cuando, a pesar de sus excelentes dones, él rechaza toda honra a su persona y da toda gloria a Dios solamente! ¡Tengamos esto muy en cuenta! A nadie le cuadra peor el orgullo que a los cristianos, y entre éstos a los pastores, maestros y oficiales de la Iglesia. Por la gracia de Dios somos lo que somos. Toda nuestra suficiencia es de Dios. 2 Cor. 3:5. Si tú posees dones que te distinguen entre los demás, si te fué encomendado un oficio, si alcanzas mayor éxito que otros, entonces no te exaltes. ¡Da la gloria sólo a Dios! Muéstrate agradecido, sirviendo a Dios y a tus prójimos con los dones que has recibido. ¡persiste en la humildad!

Observaciones. — En época de los corintios acostumbraban llamarse según su maestro, y así lo hicieron los creyentes de aquella ciudad, denominándose según los distintos maestros y aun según Cristo. Es posible que lo hiciesen, siquiera en parte, por envidia hacia unos y por simpatía hacia otros. Probablemente fué la soberbia el móvil principal para semejante partidismo, pues la soberbia es la causante de todo cisma. Fué la causa de la caída de los ángeles malos, fué la causa de todos los cismas en la Iglesia.

El nombre "luterano" no es nuestro nombre completo y propiamente, sino "evangélico luterano". Ni siquiera por razones de comodidad callemos la palabra "evangélico" cuando escribimos el nombre de nuestra congregación o sínodo.

Cada pastor tiene sus flaquezas. Pero para cada comunidad el pastor que Dios llamó en su medio, es el pastor que la comunidad debió tener, y como tal debe oírlo y respetarlo. Por lo tanto, las congregaciones que hacen un llamado no deben querer oír antes un sermón probatorio del pastor que quieren llamar. Por razones diversas podría suceder que no alcanzan a oír el mejor sermón de ese pastor. El mejor sermón es aquel que más aprovecha para la salud del pecador. Los pastores, los pastores auxiliares y las congregaciones deben colaborar pacíficamente, en favor de la comunidad, para la salud del hombre y la gloria de Dios.

Está bien atraer a la gente a la Iglesia empleando para ello ceremonias externas y aun invocando fines sociales, pero cuando la gente está dentro de la Iglesia debe predicársele solamente la Palabra de Dios y, ante todo, el Evangelio de Cristo.